

gacion, tomaré, para dirigirme á todos, las palabras de un novelista contemporáneo, C'arlos Dickens, en una de sus últimas obras cuyo argumento tiene analogia con "La Casa del Cabo," cuenta como yo, y mucho mejor que yo, la historia de un sacrificio á la amistad: "Sí, dice, este mundo está lleno de buenos corazones. Jámás se levanta el sol sin alumbrar mil luchas morales, en que el heroismo es bastante para redimir los sangrientos horrores de los campos de batalla. No calumniemos al mundo, porque está lleno de misterios sagrados, y solo el que lo ha creado conoce lo que pasa en la superficie de su obra y en el corazon del hombre, su mas imperfecta imágen"

Noviembre de 1847.

PROLOGO.

I.

LA CASA DEL CABO.

ENTRE las numerosas rocas del lado Nor-Oeste de Palougastel-Daoulas, hay una mas elevada que todas las otras y que los habitantes de la península han llamado, Roc-Nivélen. Carcomida y quebrada por los siglos y las tempestades esta masa enorme de granito presenta á la vista los mas diversos aspectos. Aquí uno de esos misteriosos "*menhiros*" (1) tan numerosos en Bretaña; allá un *dolmen* (2) medio derribado. Avanzad un paso, y os encontrareis con una muralla.

(1) Piedras largas-monolitas en bruto de 2 á 20 metros de altura, semejantes á los obeliscos. (N. del T.)

(2) Especie de altar formado de seis á siete piedras plantadas verticalmente sobre las que se colocaba una mas larga y de mas anchura desde donde corria la sangre humana por un surco practicadn al efecto. (N. del T.)

Volved la cabeza, y creéis ver una torre en ruinas. Colocada delante de la bahía de Brest, como un centinela cuidadoso, Roc-Nivélen, ese gigante de la Cornouaille, se levanta inaccesible del lado de la mar y parece desafiar al extranjero á encaramarse en sus flancos gigantescos; pero esta montaña de piedra tan alta y tan escarpada para el que la contempla desde la playa, es de fácil acceso por el lado de la aldea que se abriga á su espalda.

Por una pendiente dulcemente inclinada, y siguiendo una vereda cubierta de musgo y de tiernas cañas de helecho, el pié vacilante del anciano puede subir sin molestia y sin pena. Alguna vez tambien entre las crestas que las coronan sobre un tapiz de verdura sembrado de flores, las jóvenes se reúnen á bailar. Al ruido de las voces humanas, los cuervos abandonan las grietas donde gustan de ocultar sus nidos, y si en este momento un habitante de una de las dos ciudades vecinas recorre en su barco el rio de Elorne, deja reposar por un instante sus remos y se pregunta cómo pueden acentos de alegría elevarse de ese lugar salvaje.

Desde esta roca se descubre un magnífico cuadro, una de las mas bellas vistas de la Bretaña. A nuestros piés, al rededor de nosotros, sobre la costa de Cornouaille, se levantan bajo mil formas diferentes pedruzcos de granito; graciosas aldeas se mezclan á bosquecillos que rodean sus casas cubiertas de retama y de musgo amarillento; por todas partes vastos sotillos llenos de helechos, aliagas de flores doradas se extienden hasta la playa separadas por cordones de piedras,

que voltean, serpentean y se repliegan sobre sí mismas formando en la verdura mil extravagantes sinuosidades. En el país de Leon, á la derecha, están los despojos de una antigua floresta, donde la última puerta del castillo de Joyeuse-Garde permanece de pié entre algunos lienzos de paredes, llamada la rubia Iseult y su amigo Lancelot del Lago. Delante de nosotros, sobre la misma rivera, está la sombría mansion de Paularvelin, en que la imaginacion sueña desde luego con historias de fantasmas: esta es la ensenada de Kerhuon, sus grandes almacenes y sus esclusas burbugeantes: Guipavas y sus rientes ribasos; Camfrou á quien los bosques de Lossullien coronan con una bóveda de follage: la playa de Moulin-Blanc, y la gran cruz de piedra que le protege. A la derecha, siempre sobre la rivera, se elevan el campanario de Saint-Marc y la muralla de Brest; mas lejos se extiende el camino cascajoso de Portzie, y mas lejos todavia, el cabo Saint-Mathieu en medio de la bruma. Aquí el agradable Elorn, mantiene en sus caprichosas vueltas las barcas de velas blancas y rojas; allá el oceano gime al derredor de los buques de la rada, y algunas veces rompe los amarres, se traga el navío y presenta todos los horrores del naufragio á aquellos que se creían en el puerto. Así, paisajes llenos de contrastes, campos fértiles y eriales incultos, bosques y rocas, chozas y palacios, aldeas y las murallas de una ciudad, grandes buques y pequeñas barcas, el Oceano y el Elorne, he aquí el maravilloso panorama que nos ofrece la Roc-Nirélen.

En los tiempos en que yo habitaba aún mi ciu-

dad natal (I), me deleitaba en recorrer la península de Plougastel-Dauolas. Desembarcando en la pequeña ciudad Saint Languy, llamada también *Passage*, tomaba sucesivamente el camino de Saint-Jean, el de Saint-Adrien, donde el sendero que me acercaba á la rada de Brest me conducía á Roc-Nivélen, pasando por delante de una habitación llamada la Casa del Cabo. Un amigo íntimo mio, me acompañaba en todas estas escursiones, y su presencia contribuía al placer que ellas me proporcionaban. Teníamos los mismos gustos; apenas de veinte años de edad y todavía mas jóvenes por nuestra inexperiencia del mundo y nuestra vida retirada, nos ocupábamos entonces en proyectos campestres ó casi pastoriles como los de Florian. Nos ocurría algunas veces detenernos delante de la casa del Cabo, de que he hablado hace poco y considerarla con ojos embelesados y llenos de envidia. Esta pequeña ermita bien merecía nuestra atención. Rodeada de un arroyo bastante largo, bordada de amapolas amarillas en toda la playa, se atraviesa para llegar á ella un puente grotesco construido con mástiles de navíos y trozos de árboles. La choza medio oculta entre los fresnos, los sauces y los saucos, tenía un jardín cuyas escarpas estaban cubiertas, en Abril de yerbas de San Pablo y de violetas, y mas tarde de grandes margaritas y de campanillas. A la derecha estaba un campo sembrado de lino; á la izquierda, un arroyo abundante descendía á lo largo del cercado bajo emparrados de abetos y de helechos, el

(1) Brest.

que formaba un lavadero, poco mas allá del puente, á la sombra de algunos sauces y caía en cascada en una especie de fuente que llenaba. No debo omitir cuatro chopos que dominan el paisaje y que nos admiraron mucho. La habitación pertenecía á un carpintero que allí hacía construir barcos y que nos parecía ser el mas feliz de todos los hombres. Solamente nos admiramos de que no sacara el mejor partido de su agradable soledad y acordábamos á la vez, los cambios y los embellecimientos que debíamos de hacerle, porque íbamos á ser propietarios del Cabo: lo deseábamos mucho para que no lo fuéramos.

Aguardando el gran dia de la toma de posesion, visitábamos frecuentemente nuestro futuro dominio. Plougastel era nuestro paraíso terrestre y sobre todo el Cabo y la Roc-Nivélen. El domingo, cuando el tiempo lo permitia, tomábamos el baston de viaje, un pequeño pan blanco y algunas frutas, y partíamos alegremente para el país de nuestras esperanzas. Al llegar á Camfrout á donde debíamos atravesar el rio, nos arrojábamos al barco con gozo infantil. Durante algunos minutos de navegacion, no teníamos ojos sino para nuestra roca y la casa de la rive-ra. Al desembarcar en la tierra de Cornouaille, la tierra de promision, aligerábamos mas el paso; cuando se está cerca del fin, no se camina sino que se corre. Respirábamos el aroma de los sauces un cuarto de hora ántes de verlos; desde muy lejos, enmedio del ruido de la mar, conocíamos el murmurio del arroyo que descendía tan fresco y tan limpio á través de los helechos. Pocos

años han trascurrido despues, pero ellos me han traído preocupaciones nuevas y ahora no encontraria tan fácilmente el arroyo y los sauces del Cabo.

Una mañana entramos en el buque de pasaje con menos gusto que de ordinario. Mi compañero iba á partir para Cayenne, y comenzamos á no contar ya con la propiedad del Cabo. En esta vez íbamos á hacer una visita de despedida, y este pensamiento agriaba nuestro paseo. Los barqueros comenzaron á remar hácia la costa de Cornouaille, cuando un grito prolongado se eleva sobre la rivera que acabábamos de dejar. Se nos llamaba. Un nuevo pasajero se daba prisa en llegar para aprovecharse del buque y volvimos para tomarlo á la casa de la embarcacion. Era fácil de reconocerlo como marinero aunque no llevaba uniforme. Era un hombre de cerca de cincuenta años, de una fisonomía agradable, pero impresa en ella la tristeza. Sus cabellos blancos, sus arrugas precoces anunciaban que las molestias y las penas se habian tomado el trabajo del tiempo. Al entrar á la barca, nos saluda y nos pide perdon del retardo que nos ha ocasionado. Nosotros respondimos con política y sencillez, y despues de haber cambiado algunas palabras, descendimos los primeros y tomamos el sendero de la playa que debia de conducirnos á nuestro punto acostumbrado. Marchamos lentamente y sin decirnos una palabra, la idea de una próxima separacion nos afligia, y cada uno de nosotros se entregaba á un delirio lleno de amargura. El silencio nos era penoso y no sabiamos como romperlo, hasta que un paso

rápido se oyó por detras de nosotros; volvimos la cabeza y reconocimos al marinero que nos habia hablado en el buque. Nos separamos para hacerle lugar.

“Es casi vergonzoso, nos dijo sonriendo, que dos jóvenes de vuestra edad, se dejen adelantar por un hombre de cabellos blancos. Cuando el corazon está contento, los piés están ligeros.

“En ese caso; nada nos podeis reprochar, le respondí, porque no tenemos ningun motivo de regocijarnos.”

El marinero vuelve hácia nosotros su melancólico semblante, y despues de habernos examinado, nos propone que marchemos acompañados, puesto que seguimos el mismo camino. Supo que íbamos al Cabo y de allí á la Roc-Nivélen. Y se encuentra con que nuestro punto era el suyo. Escitados por él, hablamos de la partida de uno de nosotros, de nuestro afecto por la pequeña soledad que quisimos visitar unidos por la última vez, aventuramos tambien algunas palabras sobre nuestros bellos proyectos de adquisicion y sobre la dicha que tan largo tiempo nos hemos prometido en la morada de la playa.

Nuestro compañero de camino estaba visiblemente conmovido; pasa la mano sobre su frente, se detiene y nos hacia repetir muchas veces las mismas palabras. A nuestros proyectos de felicidad contestaba sacudiendo la cabeza y mas de una vez una sonrisa amarga aparecia en sus labios. En fin, cuando apercibimos, mas allá de los sauces del Cabo, el camino de la rústica habitacion, tomó nuestras manos entre las suyas y nos dijo con una voz sofocada:

"Yo he dormido bajo ese techo, le amo mucho mas de lo que vosotros podeis amarle, y ahora"

No acabó; los sollozos ahogaban su voz. Hizo un esfuerzo para triunfar de sí mismo, y llegamos en silencio delante de la puerta del cercado.

La puerta estaba cerrada. Era domingo, los habitantes se encontraban sin duda en la Iglesia de la villa. El marinero queria entrar; pero nadie le respondió y no consiguió sino despertar la vigilancia de un enorme dogo que estaba en el patio y que dejó oír un sordo gruñido. El marinero examina con atención la casa principal, los dos pequeños edificios que dependian de ella, los sauces y los saucos que los ocultan casi enteramente; entra en la helecheria, vuelve al lavadero, desciende á la fuente, en la cual estaba un banco y nos hizo una seña para llamarnos hácia él.

"Ved los lugares, nos dice, donde, tal vez con mas razon que vosotros, he fijado á vuestra edad mis esperanzas. Muchos años han trascurrido desde esta época, cnyo recuerdo solo á mí ha quedado."

Despues de un instante de silencio, penetrados de respeto por sus desgracias desconocidas, buscamos una respuesta que no fuera de ningun modo indiscreta, y el marinero añade:

"Si las desgracias de mi vida fuesen menos simples, yo os las contaria; pero la juventud ama las aventuras misteriosas, los acontecimientos extraordinarios; la historia de las pasiones y de las miserias comunes á todos los hombres no le interesan absolutamente."

Me apresuré á responder:

"Los destinos romancescos no son el patrimonio sino de un reducido número de hombres; ni mi amigo ni yo estamos, sin duda, reservados á esas admirables adversidades. Si creemos en la experiencia de los ancianos y si consultamos el pasado, debemos encontrar muchas pruebas en la vida; pero estas pruebas no saldrian de las vías comunes. Contadnos vuestra historia; ella será simple; pero podrá sernos útil tal vez. El que va á partir por un pequeño viaje, pide á sus vecinos reseñas sobre el camino que va á seguir, y no sobre paises lejanos que no verá jamás."

Nos sentamos sobre algunas piedras al borde del lavadero á la sombra de un bosque de sauces y el marino comienza su narracion.